

prolongándose á través de las generaciones es un mal infinitamente mayor que un campo sembrado de cadáveres y una ciudad en ruinas: la primera es el mal viviendo sujeto á método y sistema y sin fin probable; lo segundo es la tempestad, á cuyo fragor tiembla la naturaleza, y que después ejerce saludable y benéfica influencia. Víctor Hugo, luchando como hombre de imaginación, con opuestos sentimientos, exclamó un día. «¡Deshonremos la guerra!» Después comprendió su error y escribió: «No se pone la paz debajo de la fraternidad; la paz es su resultado: no se decreta la paz, como no se decreta la aurora.»

En resumen: Si el pensamiento indicó la vía que el progreso debía seguir, la guerra desbrozó el camino arrancando intereses y preocupaciones, y lo hasta aquí sucedido irá sucediendo hasta que la sociedad encuentre perfecto asiento. La guerra, pues, es un auxiliar del pensamiento, y condenarla en absoluto es anular á la vez el pensamiento y renunciar al progreso.—L.

### EXCURSIONES LITERARIAS

#### I

LECTOR paciente: Hubo un tiempo en que todos mis afanes se limitaban á la economía política y á la sociología. Hallar á mano un periódico ó un libro que tratase de los problemas de esas dos ciencias, era para mí suprema dicha. Casi, casi llegó á constituir una manía aquel ir y venir constante de una á otra idea, de una á otra cuestión. Pero hé aquí que mi espíritu sufre un cambio completo y todos mis furios económicos y sociales se truecan en artísticos y literarios. Si antes me gustaba leer á Proudhon, Bakounine, Marx, Ricardo, Smith y tantos otros genios de las ciencias económica y social, hoy me deleito leyendo á Zola y Daudet, Alarcón y Valera, Galdós y Alas, y admiro embelesado las grandes obras del arte moderno, los cuadros de Pradilla y de Luna, las esculturas de San Martín y de Oms, sin que esto quiera decir que me olvido de Cervantes y Calderón, de Murillo y Velázquez, de tantos y tantos portentos de la historia artística y literaria de los tiempos pasados.

Tal vez á los labios de alguno acuda una sonrisa burlona y diga: «eso es hijo de la volubilidad española.» Mas yo te aseguro, lector, que no conozco al padre de lo que en mí ocurre. No soy psicólogo, que de serlo seguramente saldría del apuro pronto y bien. Quede, pues, consignado el hecho y dejemos á un lado filosofías, si no estériles, inútiles ahora.

Eso que dejo dicho, crearás, lector, que no tiene objeto; mas yo te aseguro que sí lo tiene, y á fe á fe, que no debes dudar de mi honrada palabra.

Ya ves, escribo en una revista sociológica, y ni por asomos pienso decirte una palabra de sociología. Necesito, pues, explicar mi invasora acción en este periódico de tonos griegos y vientos de revuelta y de anarquía.

Yo soy el mismo de siempre,—¡no faltaba más!—pienso hoy como ayer, y aquellos que mis amigos fueron, mis amigos son. De seguro no

me has olvidado todavía, y aunque ahora no me conozcas, ya me conocerás, que no es del caso si yo me llamo Juan ó Pedro y empiezo por llamarme como me da la gana y no como en realidad me llamo. Pero este que un día viste tronando contigo contra todo lo existente, tiene hoy otras aficiones, y, en vez de discutir la propiedad y el Estado, quiere hablarte un poco de literatura. Lo cual no es un delito ni mucho menos.

Me explicaré. Yo creo que toda revolución, así como tiene una filosofía y una ciencia del Derecho, debe tener su arte y su literatura. Al menos así ha sucedido siempre. ¿Por qué, pues, nuestra revolución social no ha de tener su literatura y su arte correspondientes? ¿Por qué no, si el arte es y será la mitad cuando menos de la vida de nuestros sentidos y la literatura la savia de nuestra imaginación, siempre poética y exaltada? ¿Acaso el día de la renovación universal han de acabarse los artistas y los literatos? ¿Vamos á suprimir la música, la pintura, la escultura, la poesía y la novela?

«No necesitamos de ciencia alguna después de Cristo, —decía Tertuliano,—ni de ninguna prueba después del Evangelio: el que cree no desea nada más; la ignorancia es buena, en general, á fin de que no se aprenda á conocer lo que es inconveniente.» ¿Hemos de plagiar á Tertuliano después de la venida de nuestro Mesías?

Quizás algún revolucionario á *outrance* responda afirmativamente á mis preguntas, olvidando que todos los días se nos habla de la ciencia y se la invoca para realizar las justas esperanzas del proletariado. Y yo digo que aunque así parezca, nuestra revolución no es la simple demanda de un pedazo de igualdad económica y social, no. Nuestra revolución es algo más que esto y bastante menos de lo que algunas cabezas atrofiadas creen. Es algo más que aquello, porque la igualdad social necesita una ciencia del Derecho, una ciencia de la Justicia, una Filosofía, para decirlo de una vez, de las costumbres; y algo menos, y bastante menos de lo que creen estos tragabatallones que quieren reducir á la sociedad á su propia miseria y á sus vicios,—entiéndase que hablo de la sociedad futura,—porque nuestra revolución respetará todo aquello que la especie humana ha creado por siempre y para siempre y para su recreo, y aún fomentará esa obra de los siglos, eterna, que se llama arte, literatura y ciencia. Que al fin y al cabo la vida de los pueblos no se limita ni se limitará nunca á trabajar y comer, ni uno sólo de los verdaderos revolucionarios consentiría hoy mismo, no ya mañana, que la revolución le arrebatase el recreo de la música á sus oídos, el de la pintura á sus ojos y el de la literatura á su imaginación.

Conste, pues, que no es un delito este mi propósito de hablarte de literatura. Y conste también que debo lamentarme, y conmigo cuantos aman la revolución, de que no contemos hoy por hoy con verdaderos artistas y literatos. Al menos yo no los conozco, aunque ya sé que en la industrial Cataluña hay alguno y aún algunos que pueden y deben llenar este vacío.

Todas las ideas, todas las instituciones han tenido sus poetas, sus mú-

sicos y sus literatos y yo voto porque muy pronto podamos nosotros decir lo mismo, en la seguridad de que así la revolución ganará en breve tiempo tanto como pueda ganar por el esfuerzo de sus adeptos en cuatro ó cinco ciclos. Es decir, que voto porque nuestro ideal se complete y se realice cuanto antes. Y tú, lector, vota conmigo, que en ello nada perderás.

\* \* Leyendo las críticas de *Clarín* nació en mí esta inclinación literaria que ahora me arrastra á molestarte, y por ello he de empezar mi tarea citando algunas de sus palabras.

«Ya sé,—dice el eminente asturiano,—que en buena estética no se puede exigir que la estatua tenga músculos y huesos debajo de la superficie: basta con la apariencia.

»Pero no se me negará que esa apariencia nunca sería tan perfecta, como existiendo realmente dentro de la estatua todo un organismo humano. Pues esta es la cuestión del realismo. En sus estatuas (los personajes de sus obras), hay músculos, huesos, todo lo que contribuye á que la apariencia sea más perfecta.

»Este es el realismo bueno. El malo es el que abre las carnes para que la anatomía se vea.»

He ahí en brevísimas consideraciones sintetizado y resuelto el problema literario de nuestros tiempos. El realismo, que no es de ahora, que, por el contrario, hace ya muchos años viene luchando con el romanticismo, vencién-dole al fin, no es lo que muchos, muchísimos han dado en creer: una relación pornográfica de todo lo inmundo que la sociedad contiene, de todos sus vicios, de todas sus malas pasiones y nada más. No, el realismo no es esto.

El realismo vence cuando en las costumbres es rechazada su eterna enemiga, la escuela romántica, y vence porque á los hombres no satisface ya la creación de tipos ideales, pero ideales sin realización posible dentro de la naturaleza humana, abstractos, quizás trascendentales. La sociedad y el progreso exigen que la Idea, que el *tipo* de una obra literaria venga á fundirse en el crisol de nuestra propia naturaleza y que satisfaga por tanto á todas estas condiciones que nos hacen hombres sin permitirnos llegar á dioses. Y como esta precisamente es la esencia del realismo, de aquí que la revolución lo invada todo y pretenda arrancar al arte del dominio de toda tendencia metafísica y trascendente.

El romanticismo cumplió su misión. Dió vigor á una época en que el sentimiento lo llenaba todo, creó héroes sublimes, genios potentes, figuras grandiosas, salióse del mundo real y fué á posar allá en las alturas etéreas del espiritualismo más refinado, más puro, y pudo así, por el contraste, corregir costumbres, combatir vicios, atar pasiones. Pero hé aquí que la escuela se gasta y el sentimentalismo que antes fomentaba se trueca en ridícula sensiblería, caen los héroes hechos pigmeos, los genios resultan monstruos y las grandes figuras, juguetes infantiles. Lucha aún el gran Víctor Hugo, pero la escuela perece. Hizo una revolución y después, agotadas sus fuerzas, flaquea, desfallece y cede y se rinde. Tal es el desarrollo de la tesis romántica.

Hace falta una nueva revolución que mantenga la antítesis y los admiradores de Balzac se animan, se entusiasman y dan la primera batalla.

Todo ensayo tiene sus dificultades. Ahora la obra es más difícil. Hay que buscar los elementos necesarios dentro de la realidad misma, hay que partir del hombre tal como es, bueno y malo, ni héroe ni reptil, y después de elevarse por gradaciones sucesivas al conocimiento del *tipo*, crear, por decirlo así, el carácter sintético del protagonista.

Los obreros sobran ¡pero los hay tan malos! Los más no aciertan á completar la idea. Aquí caen unos en servil imitación de la escuela anquilada, otros allá se precipitan en el fango de las vulgaridades y van derechos al ridículo. Son, unos y otros, genios de campanario.

Entonces los partidarios del antiguo sistema renuevan la discusión. Así vemos hoy como aún pelea el romanticismo, sobre todo en España, contra la invasión de la moderna literatura. Y pelea con más fuerza porque no faltan imitadores ramplones, artistas sin arte, literatos sin literatura, incapaces de interpretar el pensamiento del realismo.

Pero esto ¡qué importa! Allá van Zola, á pesar de sus crudezas, agravadas por los traductores; Galdós con su inimitable buen decir, con sus burlas socarronas de todos los remilgos y majaderías sociales; el mismo *Clarín* con su magnífica *Vetusta*, y otros y otros muchos que irán saliendo poco á poco y perfeccionando la obra cosmopolita de emancipar la literatura y purgarla de todo elemento trascendente, bueno cuando más en un tratado de metafísica ó teología.

La revolución está iniciada. El camino que hay que recorrer es muy largo, muy largo, dice el autor de *La Regenta*. Todo se andará, asegura el vulgo,—y yo soy vulgo también,—y se andará más aprisa tal vez de lo que todos creemos y con otros resultados mejores que los obtenidos hasta el día.

El romanticismo representaba el ideal espiritualista. El realismo es la encarnación del ideal humano. Y la humanidad vence á la especulación romántica.

No sé dónde leí yo á Proudhon lamentándose de que la poesía, el arte y la literatura anduvieran descarriadas sin acordarse de los dramas y los idilios del trabajo, de las grandes tragedias del taller y de las sencillas epopeyas del pueblo. La luna y las flores y los palacios y las piedras preciosas eran el tema favorito de artistas, poetas y literatos, y Proudhon hacia bien en hostigar á aquellas inteligencias cortesanas. También ahora, por desdicha, abunda esa especie de langosta que todo lo esteriliza, literatos y artistas cursis que hacen un libro ó un cuadro de una triquiñuela y rinden culto á la grandeza... de pergamino ó de metal.

Y por esto mismo, te prometo, lector, que si antes no me silbas, en otra epístola te hablaré de lo que yo llamo síntesis literaria y tú verás cómo quieres llamarle.

No eches en olvido que la literatura como el arte y como todo, en su desenvolvimiento particular, es algo así como la política misma, con sus revoluciones y sus reacciones, su monarquía y su república, su teocracia

y su libre pensamiento, que en tanto tú reflexionas sobre esta materia, si para tanto tiene poder mi trabajo, yo me voy á preparar la segunda parte, que no será buena por aquello que tú sabes y porque la primera, si bien lo miras, tampoco lo es.—HOPE.

#### FUERZA Y CIENCIA

SI utilísima es la agrupación de los trabajadores bajo el punto de vista de la constitución de una fuerza para conseguir el triunfo de un ideal, no es menos importante respecto á facilitar la transmisión de las ideas y producir la elaboración de un pensamiento científico y común que ilumine aquella fuerza y que demuestre á los privilegiados que *los trabajadores PUEDEN Y SABEN*.

*Fuerza y Ciencia* necesitan los trabajadores para abrirse camino, á través de los inmensos obstáculos que oponen las preocupaciones y los privilegios, para llegar á su emancipación, que no puede significar solamente el franqueamiento de la opresión que sufren desde los orígenes de la sociedad, sino la reconstitución de ésta conforme con los más puros principios de Verdad, Moral y Justicia.

La *Fuerza* se deduce de la agrupación, del número. Fácilmente se comprende la inutilidad del individuo aislado, y salta á la vista cuánto valen las agrupaciones de individuos.

La *Ciencia* sirve de guía á la agrupación. Una colectividad debe tener necesariamente una aspiración, pero ésta debe ser racional; y cuando se trata de una agrupación tan importante como la que forman los trabajadores para reintegrarse en la posesión de sus derechos como hombres, se necesita que quede perfectamente definida, indiscutiblemente demostrada.

Quéjense los trabajadores de que la ciencia no está á su alcance. Si se les considera como miembros sociales, sí; la sociedad ha puesto la ciencia en las universidades, donde van los privilegiados á buscarla, no el infeliz asalariado para quien apenas tiene el día bastantes horas para ganar el pan con que se alimenta. Si se les considera asociados, no; la asociación tiene un poder limitado y en él se halla el de alcanzar la ciencia. El que no crea esto, renuncie á trabajar por la justicia social, porque si la asociación no sirve para obtener la ciencia (lo menos), tampoco servirá para realizar los frutos de la ciencia (lo más).

¿Cómo pueden los trabajadores alcanzar la ciencia?

No en las universidades, cuyas puertas están cerradas para el que carece de dinero.

No siguiendo ciegamente á un autor determinado, en cuyo caso se corre el peligro de hacerse sistemáticos ó sectarios.

Sino discutiendo temas por grupos, teniendo en cuenta las ideas de los autores y las individuales de todos los agrupados, examinándose y criticándose mutuamente las conclusiones los grupos, y formulándolas después de bien definidas por los mismos medios que la asociación sugiera.

Proporcionando los ya instruídos las nociones rudimentarias y hasta la instrucción primaria á los individuos que lo necesiten.

Y estableciendo un sistema de relación y comunicación de ideas y pensamientos, fácil por medio de la asociación, superior al que poseen los privilegiados, cuyo dinero, á pesar de su poder, no puede romper las barreras del individualismo (vanidad, orgullo, ambición, preocupaciones, etc., etc.)

*Fuerza y Ciencia* pueden alcanzar los trabajadores; sólo les costará QUERER, y si quieren, fuertes é ilustrados, transformarán el mundo derribando cuantas instituciones crearon la ignorancia, la tiranía y la explotación; es decir, harán la revolución, y si no, no.—L.

#### CORRESPONDENCIA

ESTIMADOS compañeros: Vivamente impresionado por una improvisada fiesta «de clase,» no puedo contener el deseo de comunicar mis sentimientos, por si queréis aprovechar estas cuartillas para su inserción en esa revista.

Pero son necesarios algunos antecedentes antes de comenzar.

Como no ignoráis, el *Centro de Amigos* de Reus invitó á varias corporaciones obreras del campo de Tarragona, á otras de Barcelona y á diversos individuos de esta ciudad y de Sabadell, con motivo de una velada literaria-socialista, organizada al doble objeto de conmemorar el primer aniversario del Certamen Socialista, y el recuerdo de la toma de la Bastilla por el pueblo de París.

La velada tuvo lugar el domingo 11 en el Teatro Principal, galanamente cedido por el Ayuntamiento, que es su propietario, viéndose honrada la fiesta por una inmensa concurrencia. Tanto por esto, como por la distribución de la velada y trabajos leídos, estuvo indudablemente á igual altura, por lo menos, de las que celebra la clase media de las grandes capitales, si bien distinguióse de ellas por su forma poco pretenciosa y su corte especial, muy conforme con el espíritu anárquico-colectivista.

La prensa local no podía usar del incienso ni emplear la adulación, como cuando de los suyos se trata; no podía tampoco criticar lo que resultaba por sí sólo muy correcto, y se contentó haciendo justicia al acto. Los espíritus reflexivos de la clase media que lograron asistir á la velada, sin duda convinieron en que la clase obrera poco tardará en alcanzar la mayor edad, si es que ya no ha entrado en ella.

Pero dejando aparte la trascendencia é importancia del acto de la velada, quiero hablaros principalmente de la fiesta de carácter íntimo improvisada á última hora de la tarde del lunes 12, en obsequio á los pocos forasteros que tuvimos la fortuna de habernos detenido un día más en Reus. En medio de ella y después de celebrada, me he dicho varias veces pensando en el mañana de la clase obrera: nuestra esperanza es justa y fundada; el porvenir es nuestro.

Concibieron varios socios del *Centro de Amigos* la idea de obsequiarnos con una cena al aire libre, y no había transcurrido una hora que en número de diez y seis á veinte salíamos de Reus al caer de la tarde en medio del natural buen humor del proletario, dirigiéndonos á una pequeña propiedad de la familia de un compañero. Y si os extraña que haya en Reus compañeros casi-propietarios, os diré (abriendo un paréntesis), que esto obedece á lo muy dividida que se encuentra allí la propiedad de la tierra, existiendo buen número de pequeños propietarios á quienes muchas veces no llega á serles suficiente ni su jornal de proletario, ni los productos de la tierra que posee. Estas pequeñas propiedades han dado lugar á la costumbre de salir al campo muy á menudo, existiendo en las llanuras inmediatas á Reus gran cantidad de *masets* ó casitas de campo construídos expreso al objeto de ser el punto de mira para las partidas del campo.

Uno de estos *masets*, de aspecto sumamente modesto, pero cómodo y aseado, situado en lugar ameno al pié de unas montañas, y en medio de viñedos y árboles frutales, fué el lugar escogido para la expansiva fiesta de la amistad.

Ya la luz del sol apenas se divisaba en el horizonte cuando nos sentábamos

Necesítase, pues, adoptar una conducta negativa, ya que no la hay positiva que conduzca á un fin racional y práctico. Es indispensable que el proletariado organice la lucha para el triunfo de su ideal.

No puede ser esta lucha aquella en que la burguesía tiene probada su superioridad por los grandes medios que le proporciona el poder y la riqueza. Nada puede el proletariado contra un ejército que, á la severidad de la disciplina, reúne la perfección del armamento; es igualmente impotente para luchar en el mercado con sus pobres cuotas contra el gran capital. Quédale sólo la lucha económica.

Así lo ha comprendido el proletariado en las naciones más productoras y por consecuencia más explotadas; así lo demuestran las grandes manifestaciones del pueblo trabajador en los Estados-Unidos, Inglaterra, Francia, Bélgica, etc., al dar como grito de guerra la *jornada de ocho horas*.

No entienden los trabajadores que han iniciado este movimiento alcanzar un estado normal en que mediante un trabajo diario de ocho horas se gane un jornal capaz para atender dignamente á las necesidades del hombre civilizado, eso es una verdadera utopía; propónense hacer guerra á los privilegios de la burguesía, producir perturbación, iniciar el periodo revolucionario que tenga por término la supresión del salario.

Con ello pierde el trabajo el carácter de mercancía pasiva que tiene para los cálculos del burgués y empieza á adquirir el valor activo que le corresponde; sufre una disminución el tiempo destinado á efectuar la ganancia del explotador; obliga á éste á emplear 3 obreros de 8 horas para hacer el trabajo de 2 de 12; imposibilita la realización de los contratos basados en una explotación exagerada; atrae á los trabajadores á la organización y produce un desequilibrio en las actuales condiciones sociales que necesariamente ha de dar ocasión justificada á traer á la práctica las soluciones sociológicas ya reconocidas como de perfecto valor científico.

Contra el estancamiento de la rutina y del privilegio, necesítase el empuje revolucionario, y este empuje, después de efectuada la demostración racional de su objetivo, deben verificarlo los más directamente interesados en que la reforma se lleve á cabo: éstos son los trabajadores, víctimas de siempre que, desengañados de la imposibilidad de pactar dignamente con la sociedad en que vivimos, y empeñados en alcanzar la realización de su ideal de justicia, dejan á un lado las diferencias de escuela y hasta las preferencias personales que les separaban y se agrupan bajo el lema de la *jornada de ocho horas*, con la mira de obtener la consagración de todos sus derechos por la transformación de la propiedad y la supresión del salario.—L.

## EXCURSIONES LITERARIAS

### II

TE prometí, lector, en mi primera epístola, que en la segunda te diría algo de lo que yo llamo síntesis literaria, y voy á cumplir mi palabra. Mas antes permíteme una pequeña digresión. Te hablé ya del desarrollo de las dos tendencias que se disputan el mundo de lo

bello, y aunque tú lo habrás deducido por tí mismo, he de suplir hoy mi silencio de ayer, concretando algo que no te dije; qué es y qué se propone el realismo, lapsus que me perdonarás de buena gana si piensas que soy neófito en el oficio y escribo acerca de un asunto harto escabroso y no muy fácil de comprender, aun después de estudiado un poco, que no es mucho lo que yo puedo permitirme.

Y digo que no he concretado el concepto del realismo en el arte, porque me he limitado á negar una opinión errónea, y esto, ciertamente, no basta.

El realismo, según los críticos y en general según se entiende por el común de las gentes, concede al artista, pintor, músico ó literato, toda la libertad necesaria en la concepción de la belleza, verdadero fin del arte de que ha de dotar á su idea ó tipo; pero es indudable que al sensibilizarla, ha de pedir á la realidad sus formas, ha de sujetar sus creaciones á la esencia pura de la naturaleza humana. Claro es que dentro de esta misma realidad puede el artista, y aun debe, desenvolver libremente el carácter y condiciones de belleza del tipo ó idea concebida, y hasta aquí románticos y realistas apenas discrepan. Pero precisamente al llegar á este extremo ya no hay entre ambas escuelas acuerdo posible. ¿Por qué? Porque mientras el romanticismo se remonta, á partir del hombre, hasta la perfección absoluta, el realismo se detiene y aun huye de este absoluto, y como tal imposible, á la manera que pudiera huir cualquier hombre de razón libre y práctica, del absoluto teológico ó metafísico, verdadera incógnita de un problema insoluble, inventado para trastornar todos los principios de la matemática especulativa, de la filosofía, en fin.

No excluye el realismo, como afirman los románticos y se cree por muchos erróneamente, *el ideal*; no es el realismo una imitación servil de la naturaleza. El realismo quiere y mantiene y desenvuelve *el ideal*. ¿Cómo? Pues á la manera que la moderna filosofía lo hace: sustituyendo á las quimeras religiosas, las aspiraciones humanas; de tal modo, que existe entre el idealismo romántico y el de la escuela realista la misma diferencia que hay entre las predicaciones del misticismo y las innovaciones de la filosofía positivista. El ideal humano suplantando al ideal divino, tal es el realismo.

Y digo más. Que si hubiera quien de otro modo lo juzgara y otro fuera el valor de aquella palabra, desde tal instante el realismo dejaría de llamarse arte, sería una industria.

¿Satisface la moderna tendencia, no sólo á las condiciones de toda obra artística, sino también á las exigencias de una época en que las ideas se agrandan más y más en el molde de lo humanamente posible y hacedero, abiertas las válvulas del deseo, libres la razón y el pensamiento?

Hé nos aquí, amigo mío, de lleno en el verdadero objeto de esta segunda carta.

¿Crees tú que una literatura, que por ser obra exclusiva de una clase mesocrática, no pasa más allá de las fronteras de ésta, y no conoce, por

tanto, otro mundo que el de la casta dominante ó el del poder caído, basta á los fines humanos del momento?

Presumo que no y en ello me complazco.

Nuestros artistas carecen hoy, como la sociedad en que se inspiran y viven, de ideal. Gastada, física y moralmente, la clase media; realizado cuanto había deseado realizar; desmoralizada por completo á la par que sus propias obras, sus instituciones, sus leyes y sus costumbres, es impotente para la vida del arte, del mismo modo que lo es para la de la Justicia y la Libertad. Nuestros artistas, digo, pues, y por ende nuestros literatos, caen en esa misma impotencia, faltos de una idea nueva que les engrandezca é ilumine. Nacen siervos humildes de las costumbres de su tiempo y de su mundo, se desarrollan bajo la presión de un organismo corrompido, pero poderoso, y vienen prestando homenaje á la balumba inmensa de iniquidades y honores que á todos alcanzan y á todos dueñen, pero que sólo hemos de agradecer á esa raza de revolucionarios repletos que hoy rigen los destinos de los pueblos.

Observa, lector, cerca de tí. ¿Qué hay por todas partes, aun entre nosotros mismos? Escepticismo. ¿Qué ideales, nobles, bellos, animan á nuestra generación? Ninguno. Un positivismo falso y grosero nos subyuga; un afán de materializarlo todo, aún á costa de nuestra propia anulación, como seres pensantes, nos esclaviza. Estamos prostituídos. Bien entendido que hablo en general.

La facultad estética ó potencia de arte, que dice Proudhon, duerme en nosotros y miente en nuestros artistas. Si alguno se atreve á romper con la tradición, cuida bien de velar sus propósitos, de tal modo que escapen siempre y por completo á la perspicacia más refinada del lector más atento. En tales casos hay que dar al libro, por ejemplo, alcances que quizás no tiene, apelando á la deducción, á supuestos hartamente aventurados. El novelista, el poeta, el pintor, renuncian á libertarnos de tan penoso trabajo. Ahí están nuestros primeros genios para comprobarlo. Los temas son los mismos de otros tiempos y otras generaciones; la forma y el propósito tan sólo son distintos. Mas estas formas les permiten que cada uno, según sus ideas, así juzgue del fin convencional de la obra como del valor artístico de las mismas.

Realistas é idealistas trabajan á porfía por mantener el *statu quo*. Los primeros por su carencia de ideales nuevos, justifican recientemente la acusación de simples imitadores de la naturaleza; los segundos, como sacerdotes de una religión en decadencia, en lugar de dioses, crean y nos ofrecen monstruos.

«El arte ha traspasado su objeto, hay que asegurar con el espiritua- lista Cousin, no atiende ya á la humanidad, ya no produce más que ridículas quimeras sin interés ninguno para nuestra alma, ó bien si ha sido muy humano, muy real y muy nuevo, se ha quedado muy atrás de su objeto, no ha podido alcanzar más (1).»

(1) De *Lo Verdadero, lo Bello y lo Bueno*.

Es, pues, precisa una solución. ¿La tenemos ya? ¿Hay, por el contrario, que buscarla?

No temo afirmar lo primero. En el arte, como en política, como en filosofía, como en ciencia social, como en la naturaleza misma, todo es antinómico, y aunque al parecer contradictorio, conciliable y por tanto armónico.

«Tal vez, dice Proudhon en su *Du principe de l'art*, cause el asombro de alguno de éstos (los artistas), al afirmar que el arte como la propia naturaleza, es á la vez realista é idealista; que es de igual manera imposible á un pintor, á un estatuario, á un poeta, eliminar de su obra, bien sea lo real ó bien lo ideal, pues si lo intentase, cesaría por eso mismo de ser artista.»

Y en efecto ¿qué significa una obra de arte si se prescinde del ideal y se atiende tan sólo á lo real ó natural? La naturaleza misma no nos revela todo lo que en el mundo puede ser objeto de creación artística. Hay, pues, que seguirla, continuarla, sorprender sus secretos, descubrir en ella lo *ideal*.

¿Qué valdría, por el contrario, una creación puramente ideal, desprendida en absoluto de la naturaleza y la realidad? La mitología misma se ha visto obligada, para crear sus figuras, á recurrir al hombre, y al mundo real. Agrandándole ó deformándole, solamente ha podido legar á la posteridad ese ejército abigarrado de divinidades, que hoy son la irrisión de las gentes.

Este ideal de que yo te hablo, tan necesario al arte como la realidad misma «es la humana naturaleza que quiere representarse á sí misma, bajo una forma mágica que en nada la desfigure y que por el contrario la engrandezca (1).»

Tal es hasta en los mismos doctrinarios el reflejo exacto de la verdad en lo que al arte se refiere. Y sólo con aquella condición puede el realismo aspirar á las premisas del mundo artístico; á trueque de servir al ideal, de no reducirse á una simple reproducción fotográfica de Universo y del hombre.

Mas ¿cuál es ó debe ser la naturaleza de este ideal? ¿Cómo distinguir el arte realista del romántico y sus variaciones, si aquél y éste van á ser esclavos de un mismo señor?

¡Ay, amigo lector! En este laberinto de teorías, que debemos á un tiempo en que la crítica ha dado á las ideas un mundo tal, multiplicándolas prodigiosamente, que apenas podemos entendernos ¡cuán fácil es extraviarse!

Pero, en fin... Mas no: perdóname por hoy. Ahí queda roto el hilo ó la soga de mi discurso y son dos las faltas que dispensarme tienes. La primera que proponiéndome hablar de literatura, sólo lo haya hecho del arte en general; la segunda, esa maldita *rotura* que supone una tercera carta y una nueva jaqueca que han de ocasionarte mis insulsas digresiones. ¡Y plegue á todos los dioses por los humanos adorados que pueda así de una vez y para siempre dejarte en paz, tu invariable — НОРЯ.

(1) Cousin, *Lo Verdadero, lo Bello y lo Bueno*.

tiene su más alta garantía en este sistema del trabajo. El producto, metamorfoseándose de riqueza natural en riqueza útil, y de ésta en capital, para venir á parar en producto consumido, en cosa gastada, constituye en un sólo momento la verdadera idea de capital que pierde bien pronto al entrar en el cambio universal de las cosas útiles. Solamente, pues, cuando la producción es superior al consumo puede decirse que la acumulación del capital por el individuo, hombre ó colectividad, tiene lugar. ¿Mas qué significa este capital acumulado? Como producto sobrante, es simplemente una partida fallida en el saldo social, una insolvencia del consumo y una avería para la producción; es, en fin, un género fuera de la circulación y del cambio que pierde por esto mismo todo su valor. ¿Puede decirse que la acumulación de tal mercancía constituye verdaderamente capital? ¿Puede temerse esa misma acumulación de riqueza muerta en manos de un individuo? En manera alguna.

En este sistema en que todos son trabajadores y capitalistas á la vez, el amontonamiento de riquezas es imposible, imposible el monopolio del capital, imposible la formación de esas grandes fortunas que, como ya hemos dicho, sólo la explotación del hombre por el hombre tienen por origen.

Volvamos á la sociedad tal como se halla constituida. ¿Qué pasa á nuestra vista?

Fijemos un punto concreto: la pequeña burguesía. Prescindamos, para facilitar nuestro argumento, del trabajador, del asalariado, del jornalero que se halla desposeído de todo derecho, y también del gran capitalista, del acumulador de tierras, de máquinas y de dinero,—el dinero, simple signo de cambio convertido en mercancía.

Supongamos un trabajador que por una circunstancia cualquiera halla crédito en la plaza y se emancipa. Trabaja por su cuenta, y su fuerza productora le basta á satisfacer las demandas del público. No explota, no tiene asalariados, pero su suerte es un tanto próspera. ¿Creéis que, sin salir de esta condición, podrá llegar á ser capitalista, es decir, rico? ¡Su capital es la mercancía por él elaborada! ¡Su riqueza es su trabajo! Con este trabajo y aquella mercancía satisface sus necesidades, educa á sus hijos. Si su suerte cambia un sólo momento, la bancarrota le espera terrible, amenazadora. Su defecto consiste en no explotar como los demás, en no disponer de dinero suficiente para dedicarse á su industria en grande escala, tomando jornaleros, comprando al por mayor las primeras materias, y cuando llega al final de su carrera exclama: «Mi honradez y mi pobreza me han perdido.» Y entonces, si aun puede, arroja su conciencia desesperado y roba, roba sin freno, hasta que ante sus ojos se amontona el oro en grandes pilas. El trabajador se ha transformado en capitalista; el sér humano en fiera ansiosa de dinero. El latrocinio, el bandolerismo legal hacen posibles las grandes fortunas. La honradez y el trabajo propio proporcionan algunas veces un bienestar relativo, casi siempre la miseria.

Cambiad este orden de cosas; que el trabajo entre en una organiza-

ción igualitaria, y el latrocinio caerá bajo el peso de la justicia social, y el trabajo propio y la honradez nos bastarán á ser á la par que obreros, capitalistas. Entonces ya el capital no será trabajo acumulado sino producto en circulación, trabajo retribuído. Y esas inmensas fortunas, hijas de nuestra industria moderna, vendrán al suelo como al suelo han venido los señoríos y los castillos de la Edad Media.

Los economistas burgueses no han sabido hasta la fecha más que plagiar al andaluz del cuento que decía: *¡Capital es monea!*

Nosotros, socialistas revolucionarios, prescindimos de ellos y afirmamos:

- 1.º Que la riqueza se divide en natural y útil.
- 2.º Que la primera es gratuita y pertenece de hecho y de derecho á todos los seres humanos.
- 3.º Que la riqueza útil es aquella á que el trabajo del hombre ha dado un valor que no tenía y del cual debe ser retribuído el trabajador.
- 4.º Que la riqueza natural combinada con el trabajo produce lo que se llama capital.

Y 5.º Que el capital, por tanto, no es más que un producto cambiante ó trabajo realizado.

Dicho esto, debemos terminar repitiendo, ante los latrocinios legales de la sociedad actual, nuestro grito de combate: ¡el capital es el robo!—T.

## EXCURSIONES LITERARIAS

### III

Dos preguntas, breves y concretas, querido lector y amigo, ponían término á mis digresiones sobre el arte y su naturaleza en mi carta última, y voy ahora á reproducir aquéllas, procurando contestarlas lo más categóricamente posible.

«¿Cuál debe ser la naturaleza de este ideal? ¿Cómo distinguir—decía—el arte realista del romántico y sus variaciones, si aquel va á servir como éste al ideal?»

El ideal del arte, no pudiendo ser ya trascendental, ni teológico, ni metafísico, ha de ser necesariamente humano.

Más de una vez lo he indicado ya y no he de insistir muy largamente en esta afirmación. La humanidad en su infancia divinizó cuanto en su propia naturaleza se hallaba en estado primitivo, si bien en evolución, y formó por la sucesión lógica de sus facultades los tipos perfectos, los *ideales*, que su razón le dejaba entrever como un más allá inaccesible. Los dioses, los mitos, lo sobrenatural, en fin, tomó carta de naturaleza en la mente de los hombres. Pero la humanidad avanza y se desarrolla y perfecciona, como el individuo mismo, y á las formas indeterminadas de su fantasía sustituye los tipos concretos de su pensamiento, de su razón; las ideas evidentes, reales, tangibles, de cuanto le rodea y vive y coexiste con ella en el universo mismo. Entonces es cuando comienza su labor de humanar cuanto antes había divinizado, de tal suerte, que ya los dioses y los mitos vienen á estar en razón inversa de los hombres y de las

cosas. Y allí en donde veía un milagro, explica una razón; en donde un Dios, coloca un hombre, y así en el lugar de ese cielo imaginario que ocupan seres sobrenaturales y que

Ni es cielo ni es azul,

según la expresión del poeta, coloca el mundo con su inmensidad de seres progresivos, con sus ideales de perfección, de justicia y de libertad, con todas las maravillas de la humana actividad. Es la historia del niño que en su peregrina fantasía no vé todas las cosas como son en sí, sino como su virgen imaginación las forja, y que luego, á medida que crece y se hace hombre, va destruyendo por su propia mano todas aquellas ilusiones, todos aquellos sueños de la infancia, para poner en su lugar las cosas mismas como son, la realidad, en fin, en cuyo medio ha de vivir y educarse hasta alcanzar la integridad, el completo desarrollo de su sér.

Así nuestra época. Humana la naturaleza del ideal artístico, no es posible ya confundir el pasado con el presente, porque nuestras ideas, nuestras aspiraciones y nosotros mismos hemos cambiado por completo de rumbo, y si antes mirábamos al cielo hoy miramos á la tierra y ciframos aquí abajo, si así puedo expresarme, toda nuestra dicha, nuestra ambición y nuestros deseos. Las ciencias, las artes y las letras siguen el mismo camino.

Dos son los periodos en que puede dividirse la historia de la humanidad: uno que acaba y otro que empieza, uno que sirve al ideal trascendente y otro al ideal humano. Puede, pues, establecerse para el desarrollo de ambos periodos, el siguiente cuadro que servirá de aclaración á cuanto deo dicho:

IDEAL TRASCENDENTE	IDEAL HUMANO
Dios. Alma divina. Inmortalidad extramundana.	Justicia. Alma humana ó movimiento de la materia. Inmortalidad histórica en la especie.
Realización de la suprema perfección en Dios.	Perfeccionamiento de la raza humana en la justicia.
Desprecio de los bienes terrenales. Aspiración al cielo.	Exaltación de la humanidad y el mundo. Aspiración á la justicia.
Humildad, caridad.	Dignidad, derecho.
Autoridad, jerarquía, perturbación.	Libertad, igualdad, armonía.
Revelación, subordinación.	Inmanencia, revolución.
Sacrificio, miseria, egoísmo.	Rehabilitación, comodidad, fraternidad.
Mundo de la fe.	Imperio de la razón.

Tal es en compendio el desenvolvimiento de las dos ideas; tales son, por tanto, el arte que acaba y el arte que empieza. ¿Cabe retrogradar?

\* \*

Largo ha sido el paréntesis. Adivino, lector, tu impaciencia y entro desde luego en el verdadero asunto de estas cartas.

Si he hablado tanto del arte, débese á que la literatura no es más que un modo de aquél. Conforme en un todo con la definición del Sr. Canalejas «la literatura es la manifestación artística del pensamiento huma-

no, por medio de la palabra hablada ó escrita,» es claro que para ocuparme de una de sus partes, he tenido que referirme antes al todo, como condición necesaria á estos estudios. Así la literatura, que es arte, tiene también por objeto la producción de la belleza, más un cierto fin útil que fácilmente se reconoce en todas las épocas. Este fin útil que afirmo y que probablemente me hará incurrir en los anatemas de los ortodoxos, es aquel en virtud del cual conocemos por su literatura, por sus creaciones artísticas todas, las costumbres, el desarrollo intelectual, las ideas y el movimiento de estas mismas, en un determinado periodo histórico (1). El *Quijote*, por ejemplo, á la par que es creación artística, nos enseña, mejor tal vez que la historia misma, á conocer las costumbres caballescadas de aquellos tiempos, costumbres que Cervantes ridiculiza y logra echar por tierra; nos pone de relieve todas las preocupaciones, todos los errores, el estado, en fin, real y efectivo, de aquella sociedad, que él, más que otros muchos, ayudó á derribar. Y es así como yo entiendo que el *Quijote* no fué sólo una obra artística, sino también esencialmente revolucionaria. D. Juan Valera, el diplomático, literato y académico, dice á este propósito, al ocuparse de las relaciones que con los más famosos bandidos mantenían los personajes principales de la España de entonces, relaciones que Cervantes consignó sencillamente en su libro inmortal, que «faltas son estas que serían bastantes á que fuese tachada de antisocial una novela de ahora; pero en aquella época y estado social eran indispensables.» Verdad que esto lo dice el Sr. Valera á reserva de mantener después la teoría del arte por el arte y aplaudir la revolución de ayer para condenar á cuantos hoy sustentan que la literatura, como el arte, como la política y la economía, son elementos secundarios que tienen por fin auxiliar á la justicia y por ende á la revolución que viene á realizar, desenvolver y fomentar aquélla.

Pero si se reconoce y afirma directa ó indirectamente que la literatura tiene, además del fin artístico, ese otro de utilidad que he dicho, y se aplaude los momentos todos en que la literatura cumplió una misión puramente crítica y revolucionaria, influyendo y modificando las costumbres, destruyendo preocupaciones y errores, transformando la sociedad, ¿por qué y con qué razón ha de negarse hoy á la literatura este fin nobilísimo pretendiendo condenarla al *statu quo*?

La literatura, como elemento secundario, ha servido hasta ahora á la

(1) Suprímase la literatura de un pueblo, dice D. Francisco Giner, y en vano se apelará para reconstituir su pasado á su historia política, muda armazón de sucesos, esqueleto que no reviste la virilidad de la musculatura, ni anima el vivificante calor de la sangre; estúdiense aquélla, y los más remotos tiempos y las generaciones más olvidadas se nos presentarán con toda la pompa de sus grandezas, con todas sus miserias, con todas sus aspiraciones, con todos sus extravíos. Sin ella, nos fuera imposible penetrar de qué modo se preparan y fermentan en el fondo de las sociedades los múltiples elementos que han de concurrir en una época dada á mudar su constitución; cómo el espíritu público, divorciado de las instituciones que ya no se apoyan en él, va mirando lentamente sus fundamentos hasta dar con ellas en tierra; y por qué misteriosa ley, cuando sus muros de bronce parecían desafiar el empuje de los siglos, desquiciados en sus cimientos, se desploman, arrastrando pueblos enteros edificados á su sombra y que envuelven en sus ruinas.—(La literatura moderna.)

religión porque en ésta estaba vinculada la justicia. Pero de hoy en adelante preciso será reconocer, puesto que la revolución nos emancipa de la teología, que debe consagrarse por completo á la justicia misma, libre de toda ingerencia trascendente. Si el arte y la literatura se ennoblecen y sublimizan bajo la influencia de un ideal grandioso, como afirman los que creen que nuestra literatura anda pobre y miserable porque se aparta del ideal religioso sin hallar otro con que sustituirle y equipararle, yo, que no niego el bajo vuelo de nuestros literatos, he de afirmar que el ideal revolucionario, la justicia, es en potencia y en calidad más grandioso que el ideal teológico, la religión. Y si nuestra literatura y el arte mismo permanecen en decadencia lamentable, es precisamente por la inferioridad real ó la cobardía de nuestros literatos y artistas, porque nadie se ha atrevido aún á presentar una obra crítica, revolucionaria, que pueda formar época y ser señalada como momento glorioso de una más gloriosa transformación. Abandonen los literatos la rutina religiosa y burguesa, entren de lleno por las espaciosas veredas de la revolución, y pronto, á impulsos de su aliento vivificador, habrá conquistado la literatura todo su antiguo poder y su fuerza. Mas para esto es necesario realizar un trabajo de que son incapaces nuestros literatos burgueses: descender de la cumbre dorada en que se posan, vivir en medio de ese pueblo virgen que aún no ha perdido su entusiasmo primitivo, su grandeza sin pulimento; estudiar allí sus virtudes y sus vicios, conocer sus aspiraciones, sus necesidades; vivir, en fin, engolfado en la sociedad actual tal como ella es, no apartados por el muro odioso de la división de clases, del otro lado del pueblo honrado y sencillo.

Con sobrada frecuencia podemos observar, que cuando algún literato se ocupa de las ideas y necesidades de nuestro pueblo, en la época presente, incurre en tales errores que no parece sino que la más absoluta ignorancia de la realidad le guía en la elaboración de sus obras. Tal es el resultado de vivir fuera de su tiempo, él que á éste se debe en cuerpo y alma.

Los mismos maestros de la escuela realista, por carecer de una verdadera idea que les guíe, con rarísimas excepciones, incurren en idéntico defecto.

Y es que, como dice Proudhon, el arte y la literatura nuevos son ó deben ser *antidogmáticos*, ó más claramente *críticos* y aún mejor *racionales*, dictado suficientemente motivado por la *irracionalidad* del arte durante la primera mitad de este siglo. Crítico, del griego *Krinó*, yo juzgo. Arte crítico es, pues, como si dijéramos, arte justiciero, arte que empieza por hacerse justicia á sí mismo, y se declara servidor, no de lo absoluto, sino de la razón y del derecho (1).

Ya sé yo que la mayor parte de los artistas y literatos contemporáneos no entienden, como Proudhon, el arte y la literatura; pero es indudable que hacia este novísimo arte, á esta modernísima literatura caminan mal

(1) *Du principe de l'art.*

de su grado. Y caminan porque el espíritu público se encuentra en uno de esos momentos en que influye él más directamente sobre el arte y la literatura, que éstos sobre aquél. Así va la literatura en estos tiempos arrastrada por las corrientes dominantes hacia la revolución, hacia ese instante supremo en que todo va á cambiar, á transformarse, á entrar por primera vez en el templo universal de la Justicia, volviendo la espalda á la Iglesia y al Estado.

Por eso yo me río, y tú lector te reirás también, cuando veas que aún hay literatos como nuestro plenipotenciario en Bélgica, D. Juan Valera, que dice en una crítica de los *Estudios sobre la Edad Media*, de Pí y Margall, pretendiendo ridiculizar á éste, que «la Iglesia católica, la congregación universal de los fieles, esta asociación en que todos están unidos por la caridad, con la misma creencia y con la misma esperanza; esta santa y perfectísima democracia, en que no hay sólo la unión de la vida terrena, por el espacio de breves años, sino la unión en la eternidad; esta comunión de los santos, esta mística ciudad y república, esta Jerusalén divina, que está á la vez en la tierra y en el cielo, cuando en el cielo y en la tierra se cumple la voluntad de su legislador, soberano y bendito, no es más que puro egoísmo para el Sr. Pí. Lo bueno es la sociedad que él va á fundar con su evangelio. Así como, según el Sr. Pí, al cristianismo precedieron los esenios, sin duda al *piismo* preceden los internacionalistas.» Y luego habla el Sr. Valera de los horrores de Alcoy (!!) de los robos de Granada (¿?) y de los asesinatos, facinerosos y bandidos de no sé cuantas ciudades. ¡Mentira parece tanto desenfado en tan académica cabeza!

Se le ha olvidado decir al Sr. Valera, después de tanto bombo y platillos, que esta sociedad, á pesar de todas las santísimas esencias del catolicismo, es una sociedad de robos legales, de infames explotadores, de asesinos cobardes y alevosos, y que en ella, desde el cura hasta el monaguillo, desde el gran señor hasta el pordiosero, todos viven en *sacra* inmoralidad, en completo desenfreno y en absoluto desorden, de tal modo que los presidios están atestados de criminales y en el mundo andan sueltos muchos más que por lo regular son muy católicos y muy señores y hasta muy académicos en el arte de José María y otros no menos célebres.

Si algo con bastante elocuencia nos pudiera dar á conocer lo que son estos sabios académicos, eunucos del misticismo y del poder, sería este trabajo crítico del Sr. Valera.

Por la pequeña muestra anterior puede juzgar cualquiera el estado de nuestra literatura y el empuje y vigor de nuestros literatos. Completamente afeminados, se hallan muy bien con los aplausos de aquellos que, predicando el desprecio de los bienes terrenales, roban, por si acaso, cuanto pueden. Así la lógica que usan es una lógica de cueva y de gavilla.

Mas por fortuna, si esto es así, no es menos cierto que todos esos literatos doctrinarios apenas producen una obra que no envuelva. aún á pesar suyo, tal ó cual problema y realice siquiera sea en parte pequenísima esa misión crítica, tan necesaria en nuestros días, que constituye el ner-



vio y la vida toda de las artes y de las letras en cada momento de la historia humana. Dadles un criterio sano, un ideal justo y grande, y esos mismos literatos revolucionarán el mundo en veinticuatro horas.

El arte y la literatura no pueden volver, no volverán ya al ideal cristiano; carecen asimismo de un nuevo ideal que los anime; van á retaguardia de la civilización y del progreso. Pues bien: ó la literatura da un salto y se coloca en un instante á la cabeza del movimiento, ó la revolución pasará por encima de ella arrollándola y aniquilándola. De sus cenizas surgirá entonces la novísima literatura anunciada por la revolución misma y profetizada por Proudhon y otros.

El dilema está planteado. Que ellos, los literatos y artistas, elijan y obren.

En cuanto á nosotros, socialistas y revolucionarios, sólo nos resta decir con el maestro:

«Nuestro ideal es el derecho y la verdad. Si vosotros no sabéis qué hacer con esto del arte y del estilo, ¡atrás! nosotros no tenemos necesidad de vosotros. Si vosotros estáis al servicio de la corrupción, de la lujuria, del fanatismo, ¡atrás! nosotros no queremos vuestras artes y vuestras letras. Si la aristocracia, el pontificado y la majestad real os son indispensables ¡atrás siempre! nosotros proscribimos vuestro arte tanto como vuestras personas.»

La revolución, lector y amigo, la revolución y la justicia absorberán á la literatura, ó ésta ayudará nuestra obra de emancipación universal.

¡Adelante!

HOPE

Madrid, Octubre de 1886.

En la carta anterior se han deslizado dos erratas que conviene corregir, aunque ya lo habrá hecho el buen sentido del lector. En la página 112, línea 14, donde dice «hombres» debe leerse *horrores*, y en las 113 y 35 donde dice «mundo» debe leerse *rumbo*.

## UNA PREOCUPACIÓN

Pretendida gandulería de los obreros no catalanes

### III

Prescindiendo de los canales de riego, pues son muy contados los que tenemos en España, otra de las causas que ejercen grandísima influencia en el buen aprovechamiento de la tierra es la facilidad de la extracción de sus productos.

Allí donde no hay vías de comunicación se cultiva sólo lo necesario para atender al consumo de la comarca, en tanto que allí donde aquéllas abundan pueden dedicarse al cultivo de productos de exportación.

Que en España estamos mal, muy mal en punto á vías de comunicación, es cosa de todos sabida. De los 195,158 kilómetros de ferrocarril que en 31 de Diciembre último había en explotación en Europa, sólo corresponden á España 9,185; en tanto que Francia, que tiene próximamente la misma superficie que nuestra península, figura en aquel total por 32,491 kilómetros.

Nuestras vías férreas generales mueren de inanición por falta de vías

afuentes que lleven á ellas los productos de las comarcas que quedan á derecha é izquierda de las mismas, y muchísimas de estas comarcas ni tan siquiera tienen un mal camino carretero, viéndose obligadas á transportar á lomo sus frutos.

En medio de este general abandono, Cataluña está relativamente bien, si se la compara con el resto de las regiones españolas; el número de sus carreteras, así del Estado como provinciales, lo mismo que el de sus caminos vecinales, ha aumentado considerablemente desde veinte años á esta parte.

Nosotros hemos recorrido á caballo, así en las tres provincias aragonesas como en la de Guadalajara y la Mancha, trayectos de sesenta y más kilómetros sin encontrar una mala carretera.

La dificultad del transporte de los frutos de la tierra hace que su extracción sea sumamente costosa, viéndose los compradores obligados á pagar á muy bajo precio los frutos en los puntos de producción, á fin de poderlos dar al precio corriente en los centros de consumo. Esto hace que el agricultor muchas veces no saque de los frutos de la tierra ni siquiera el importe de sus jornales, y de ahí que haya grandes extensiones de terreno inculto en las comarcas en que las vías de comunicación escasean ó faltan por completo.

Hay otro motivo también para que en las provincias centrales de España y en algunas del litoral no se cultiven las tierras con el esmero que en Cataluña y Valencia, por ejemplo. Este motivo es el bajo precio de los jornales de los trabajadores agrícolas en aquellas provincias.

Así en la Mancha como en la provincia de Guadalajara, así en la provincia de Huesca como en la de Teruel y en algunos puntos de la de Zaragoza, en Caspe, por ejemplo, hemos visto pagar los jornales del peón agrícola de una peseta á una peseta cincuenta céntimos; es decir, á mitad de precio que en Cataluña, donde el jornal medio del jornalero del campo, excepción hecha de las épocas de la siega y la trilla y de la cava, poda y vendimia de la viña, es de dos pesetas cincuenta céntimos. En el Alto Ampurdán, provincia de Gerona, hemos visto pagar de 25 á 30 pesetas el jornal diario de la *guadaña*. Dase allí este nombre (*dalla* en catalán) á un grupo de tres hombres, á saber: un guadañero y dos atadores. El primero cobra la mitad del jornal y los segundos se reparten por igual el resto.

En Falset y en el Priorato (Tarragona) hemos visto pagar en la época de la cava de las viñas de 3 á 3'50 pesetas y dos porrones de vino por jornal. Son muchos los puntos de Cataluña en que en ninguna época del año se encuentran jornaleros á menos de 2'50 pesetas diarias.

En los viñedos de la provincia de Málaga, según una nota que tenemos á la vista, el jornal del cavador varía de una peseta veinticinco céntimos á dos pesetas, con la particularidad que tienen que andar dos y tres horas para ir al trabajo y otras tantas para volver á su casa, teniendo que trabajar de sol á sol sin tener por eso más horas de descanso que las que tiene el jornalero catalán. En cambio, en las vegas de la misma